

## LECTORES

## 75 aniversario del Cristo de la Buena Muerte

■ Con el fin de la guerra de Marruecos, en 1926, se procedió a devolver a la Santa Faz al Monasterio de la Verónica. Íbamos en procesión, acompañando a la Reliquia mucha gente, y yo, hice el recorrido con mi prometido, Manuel Montesinos Gómiz, y un grupo de amigos. A la vuelta, Manolo y ellos, ayudaron a llevar el Palio a San Nicolás, y les fue comunicando a Ramón Guillén, Carlos Frías y Rafael Gosálvez algo a lo que llevaba tiempo dándole vueltas y que sólo sabíamos don Luis Campello, vicario de San Nicolás, y yo misma: fundar una hermandad con Cristo como figura central que saliera en absoluto silencio recorriendo todo Alicante. El Crucificado sería el popularmente conocido Cristo de las Sillas, originario de los Dominicos (que con mucha dedicación cuidaron los Río-Florido) y el capellán don Luis. Y se llamaría Cristo de la Buena Muerte, que para eso yo soy malagueña, aunque desde los 17 años soy alicantina de adopción.

A todos les hizo mucha ilusión y juntaron a más amigos: Pedro Herrero, José Luis Manero, Carmelo Simón, Luis Ibáñez, Luisito Mas... el grupo no superaba los treinta años. Se pusieron manos a la obra, mi suegra doña Balbina Gómiz, presidenta de la Archicofradía de la Virgen del Remedio, puso a sus costureras a trabajar (por suerte más adelante se encargó el sastre Emilio Ramón), el pintor Heliodoro Guillén, padre de Ramón creó los adornos del Paso; don Cipriano Frías, apare-

jador, padre de Carlos, proyectó la estructura; Manolo hizo de todo, desde los estatutos, que para eso era abogado, hasta los tres remaches de estaño que llevaba la nueva cruz, con Carlos decidió las ropas de la Hermandad y con Luisito el escudo de la misma. La madera del Paso se la compraron a precio de coste al señor Baeza y los caballos de los timbales y trompetas las prestó mi suegro, el doctor Montesinos, de su «Villa Balbina», hoy Colegio de las Adoratrices. Todos acordaron que fuesen Manolo, Ramón, Carlos y Rafael, por razones obvias, los que ocupasen las cabeceras de las varas delanteras y el resto de los fundadores los demás sitios, excepto José Luis que fue capataz, pero como eran 24 plazas

y ellos sólo 11 cargadores tuvieron que pagarlos entre Manolo, José Luis, Carlos y Pedro, cosa que volvería a ocurrir incluso después de la guerra.

Desde la primera vez que salimos en 1927, hasta 1931 en que se interrumpió, se salía Jueves Santo y a su paso por las calles, especialmente la Rambla, se apagaban las luces y el silencio era total, el Paso desfilaba a gran velocidad y pasaba por la puerta de casa de mis suegros, donde lo detenían y de allí a Santa María, atravesando la torre del reloj del Ayuntamiento, donde dormía. El Viernes salía, de nuevo, acompañado al Santo Entierro a través del barrio de Santa Cruz pero a un paso más lento, hasta acompañarlo a Santa María y de allí en la madrugada del sába-

do de vuelta a San Nicolás por la calle Mayor. Eligieron hermanos mayores a don José Tato (tío de Ramón), don Francisco Alberola (tío de Manolo) y don Luis Badiés (amigo de mis suegros), por ese orden. En 1931 salieron por última vez, pues el Viernes Santo, durante el recorrido, un grupo de gentuza atacó la procesión blasfemando y golpeando a cofrades y promesas, y peleando, pudieron guardar dichos pasos en San Nicolás tras disolver la procesión. Era el preámbulo de lo que estaba por venir. Tras la terrible Guerra Civil, en 1940, se reiniciaron las procesiones y el Cristo volvió a salir, pero sólo el Jueves, y acompañado de la Virgen de M. Caturla. Poco a poco, y afortunadamente, se fue sumando más gente.

El 25 de marzo pasado recibí la insignia de Oro de la Junta de Hermandades como Viuda de don Manuel Montesinos Gómiz, cofundador del Cristo como reza su esquila mortuoria, pero también soy madre y abuela de cargadores, al recibirla a mis 98 años, mil recuerdos vienen a mi memoria. Dios les bendiga a ustedes y al Cristo de la Buena Muerte.

**Ana María García Mesa**

Viuda de M. Montesinos Gómiz